

educadora consiste en preparar organismos aptos para resistir los embates de la enfermedad, y capaces de adquirir, por medio de la enfermedad misma, la necesaria inmunidad transmisible a sus descendientes. Es inútil luchar contra las leyes naturales; es útil, provechoso, eficaz y necesario

luchar con insistencia contra los vicios sociales, contra esa depravada higiene que convierte a los niños en flores de estufa, a las niñas en maniqués soportadores de ridículas modas, y a todos en viejos prematuros, neurasténicos y degenerados».

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

V

La moral hermética

«La religión—dice Luis Menard—liga a todos los seres en una concepción general, y la moral, que regula las relaciones de los hombres, tiene su lugar en la religión, como el hombre tiene puesto en el conjunto del mundo». De ahí la necesidad de estudiar las religiones, a lo menos en sus prescripciones éticas, para el que estudia la historia de las ideas morales.

Todas las grandes religiones antiguas tenían una parte *esóterica*, o reservada únicamente a los iniciados, y una parte *exotérica* o popular. Pero en ninguna religión el *esoterismo* y el *exoterismo* fueron tan recortados y delimitados como en la religión egipcia.

El esoterismo egipcio fué el educador de las naciones—a las cuales dió Moisés, Tales, Pitágoras, Platón, etcétera—; le llamaremos hermetismo, de Hermes Trimégisto, su revelador legendario.

Los herméticos tenían la noción de un Dios Supremo y único, *Amon-Ra*, la obscuridad primitiva, el incomprendible germen de todas las cosas, del cual todos los otros dioses, todos los otros seres no son sino formas desarrolladas. El mundo procede del Dios supremo por emanaciones, casi como en el panteísmo hindú. Hay, sin embargo, esta diferencia, observada por Josef Fabre: que las emanaciones no tienen lugar por grupos y por clases, sino sencillamente por parejas, en las cuales los dos sexos están representa-

dos siempre, concepción menos favorable al régimen de las castas.

Pronto se adivina que semejante teogonía debía completarse con una moral dulce; no tanto, sin embargo, como la de la India. A veces las penas eran de extremo rigor. Por ejemplo:

Era condenado quien no impedía el crimen;

Era mutilado quien atentaba al pudor;

Se cortaba la nariz a la mujer adúltera;

Se cortaba la mano al guerrero culpable de cobardía.

En cambio, nada de la deprimente maceración brahmano-búdica.

En un tratado interpretado por Prisse, que tiene por autor *Phtah Hatpon*, anciano de sangre real, que escribía 3,700 años antes de la era vulgar el código hebreo, se dice:

«Si eres prudente, abastece bien tu casa, ama a tu mujer sin querrela; aliméntala, adórnala; es el lujo de sus miembros. Perfúmala, regocíjala el tiempo que vivas; es un bien que debe ser digno de su poseedor. No seas brutal.»

El escriba *Ani*, venido después, se eleva mucho más en sus prescripciones morales. Se dirige a su hijo, y después de recordarle todo lo que su madre ha hecho por él, le dice:

«No pierdas jamás de vista el parto doloroso que has costado a tu madre,